

personajes adictos á Judith. A esto vino á unirse la influencia que la potencia suabo-bávvara ejercía sobre la Hungría, abierta hacia poco tiempo á la civilizaci6n cristiana y alemana. Oton II no dejó la Suabia en manos de la hermosa Eduvigis sino que, por el contrario, la dió á Oton, hijo de Ludolfo, con el cual se habia criado, y esto fué motivo de nuevas contiendas en el seno de la dinastía reinante. Al frente de los descontentos se encontraba el jóven duque Enrique de Baviera, que mantenía traidoras relaciones con Bohemia y Polonia y al cual se unieron algunos dignatarios eclesiásticos, entre ellos Abraham, obispo de Freising. Sus planes fracasaron por haber sido á tiempo descubiertos: el duque y el obispo fueron encarcelados y la ambiciosa duquesa Judith, causante de todo, fué encerrada en un convento. Pero mientras el emperador Oton II rechazaba una invasi6n, para la cual los daneses aprovecharon la agitaci6n que en el imperio reinaba, y mientras castigaba al duque bohemio Boleslao II por haber tomado parte en el complot, la rebeli6n estalló abiertamente. El duque Enrique, que habia logrado huir, se presentó en campañã al frente de numerosos partidarios y la Suabia se sublevó contra el duque Oton. Vemos, pues, de nuevo toda la parte Sur del imperio rebelarse contra la monarquía sajona; pero pronto hubieron de sucumbir los rebeldes ante la energía del jóven emperador. Ya en el año 976, la Baviera tuvo que arrojarse á los piés del rey; el duque Enrique huyó á refugiarse entre sus cómplices bohemios, y el ducado que gobernaba, y que por su grandeza se habia hecho peligroso á la monarquía, fué desmembrado, cediendo el emperador la marca oriental del Danubio al valiente Leopoldo, de la familia leal de los Babenberg; la marca franca, comprendida entre el Danubio y la selva bohemia, al hermano mayor de Leopoldo, Bertoldo; y la Carintia con la marca de Carniola á Enrique el Jóven, hijo de Bertoldo, antiguo duque de Baviera. La Iglesia bávara dejó por completo de depender del ducado para ser, como la del resto del imperio, fuertemente encadenada á la monarquía: el arzobispado de Salzburgo y el obispado de Passau fueron brillantemente dotados con bienes y privilegios. Lo que, despues de estas segregaciones, quedó del antiguo ducado fué unido á Suabia y sometido al gobierno leal del jóven duque Oton. En union de este, entró, en 977, el emperador en campañã contra Bohemia, obligando al duque Boleslao II á que le rindiera homenaje. La sublevaci6n, sin embargo, se repitió al año siguiente, tomando en ella parte los hombres que habian reportado ganancias de la caida del duque de Baviera. Esto unido á la simpatía con que el episcopado vió otra vez el movimiento, hasta el punto de que el obispo de Augsburgo se adhirió por completo á él, demostraba cuán contraria era Baviera, por su situaci6n especial, al orden de cosas introducido en el imperio, y probaba, por otro lado, cuán antipático era este orden de cosas á la nobleza laica y á la Iglesia y cuán inseguro estaba el sistema político-religioso de los Otones, á pesar de las violencias sin consideraci6n alguna cometidas para sostenerlo. Enrique el Jóven de Carintia se unió al duque Enrique, que habia regresado á su patria, y ambos empuñaron, en 978, las armas protegidos por el obispo de Augsburgo. Pero de nuevo fueron al poco tiempo derrotados: el «disputador» bávaro, como llamaba el pueblo al perturbador de la paz, fué encerrado en la cárcel de Utrecht, y su aliado fué sustituido en Carintia por Oton, sobrino del emperador, hijo de Conrado de Lorena y de Liutgarda. Entonces renació por fin la tranquilidad en el Sudeste del imperio, pero con estas luchas habia perecido el poder de los arnulfingos y su reino. Cuatro años hubo de luchar Oton II y tres grandes conspiraciones tuvo que sofocar para hacer entrar en el nuevo orden de cosas al mayor y hasta entonces mas inde-

pendiente territorio del imperio. El conflicto fué una consecuencia natural del sistema: la excepci6n que Oton el Grande habia consentido en Baviera y en las ricas comarcas á esta agregadas se fundaba en las relaciones personales en que respecto de su hermano Enrique habia estado. Este poderoso motivo habia desaparecido en la nueva generaci6n, y por tanto la Baviera estaba obligada á reconocer los principios fundamentales que en el imperio regian. Han pecado, pues, de injustos los que han llamado á esta consecuencia rompimiento de Oton con la política de su familia. La conducta de su primo bávaro le habia obligado á ello. Adelaida, la emperatriz viuda, íntimamente adicta á la rama bávara de su dinastía, vió con disgusto este cambio verificado en la política del hijo, y sintiéndose por ello mortificada, se retiró de la corte y se dirigió á Borgoña, su patria.

Los condes loreneses Reginaro y Lamberto, hijos de Reginaro de Hennegar y herederos en cierto modo de las tradiciones del ducado de raza de Lorena, aprovecharon la circunstancia de hallarse el emperador ocupado en el Sudeste para sublevarse, contando con la poderosa alianza del rey Lotario de Francia. En su consecuencia, en el año 978 los franceses invadieron de repente á Aquisgran, viéndose obligado Oton, que allí se encontraba, á emprender la fuga para no caer prisionero. Este suceso, sin embargo, no tuvo consecuencias, pues en el otoño del propio año Oton, con 60,000 hombres, avanzó en justas represalias por la Campaña y llegó hasta París. Los alemanes, que acamparon en Montmartre, intentaron, aunque sin éxito, el asalto de esta ciudad, sufriendo en su retirada sensibles pérdidas. Como el rey Lotario se vió seriamente amenazado en su propio país por la sublevaci6n del poderoso Hugo de Francia, tuvo que desistir de sus planes contra Alemania. En el año 980 encontraronse el emperador y el rey en las fronteras franco-loreneas, junto al río Chiers, para firmar personalmente la paz: Lotario renunció á la Lorena, á cambio de lo cual el emperador concedió á su hermano Carlos la Baja Lorena.

Esta concesión hecha á los carolingios franceses demuestra cuánto interesaba al emperador verse libre de toda complicaci6n. Inmediatamente despues del congreso de Chiers, se dirigió Oton hácia el Sur, es decir, hácia Italia, donde habian ocurrido sucesos que amenazaban la existencia del sistema imperial que Oton el Grande habia legado á su hijo. Aun cuando estos sucesos pudieran considerarse como simples tumultos locales y como luchas sin trascendencia entre advenedizos nobles, lo cierto es que en Roma tenia echadas sus raíces el imperio, siendo esta ciudad el centro de gravedad al rededor del cual giraba el imperio universal de los Otones; de suerte que cualquier crisis que allí estallara podía poner en peligro la soberanía de la dinastía reinante y cualquiera catástrofe que allí ocurriera, y que despojara al papa de su soberanía, podía acabar con el poder que la monarquía ejercía sobre la Iglesia alemana. Roma y la Iglesia se vieron entonces trasladadas de nuevo á los tiempos que habian precedido á Alberico II y que se habian renovado con Juan XII. Juan XIII, el último papa instituido por Oton el Grande, habia fallecido pocos meses antes que este (6 de setiembre del año 972), y su sucesor, Benedicto VI, habia sido también confirmado por Oton. Durante la primera sublevaci6n bávaro-suaba promovida contra Oton II, se levantaron en Roma los enemigos del nuevo orden de cosas, al frente de los cuales se encontraba Crescencio, hijo de Teodora, que parecia decidido á conquistarse una posici6n análoga á la que habia ocupado Alberico II. Benedicto VI fué derribado y encerrado en el castillo de Sant-Angelo: su sucesor, Bonifacio VII, le hizo ahorcar, y al poco tiempo rompió con sus propios partidarios, huyó de Roma provisto de ricos tesoros y se refugió en Cons-

tantinopla. El partido imperial, que recobró por poco tiempo la preponderancia, nombró papa á Benedicto VII, el cual hizo condenar por un sínodo á su predecesor sobre quien pesaban tan graves cargos, y procuró asegurar su posici6n, por tantos conceptos amenazada, uniéndose estrechamente al emperador y á los obispos alemanes, á los cuales dispensó toda clase de favores. Por aquel tiempo reanudaron los árabes sus ataques, cada vez mas enérgicos, contra la Baja Italia. El gobernador nombrado por el califa fatimita de Sicilia, Abdul-Kasem, comenzó con éxito la conquista del Sur de la península, animado por las luchas que los griegos (que no querian consentir que pasaran sus últimas posesiones italianas á manos de Oton, como dote aportado al matrimonio por Teofana) sostenian con Pandulfo de Cápua y de Benevento, cuya enérgica resistencia fué completamente inútil. Despues de la muerte de Pandulfo (981), sus hijos Landulfo y Pandulfo II prosiguieron la lucha, sin que les arredrara la superioridad del enemigo; pero todos sus esfuerzos fueron también vanos.

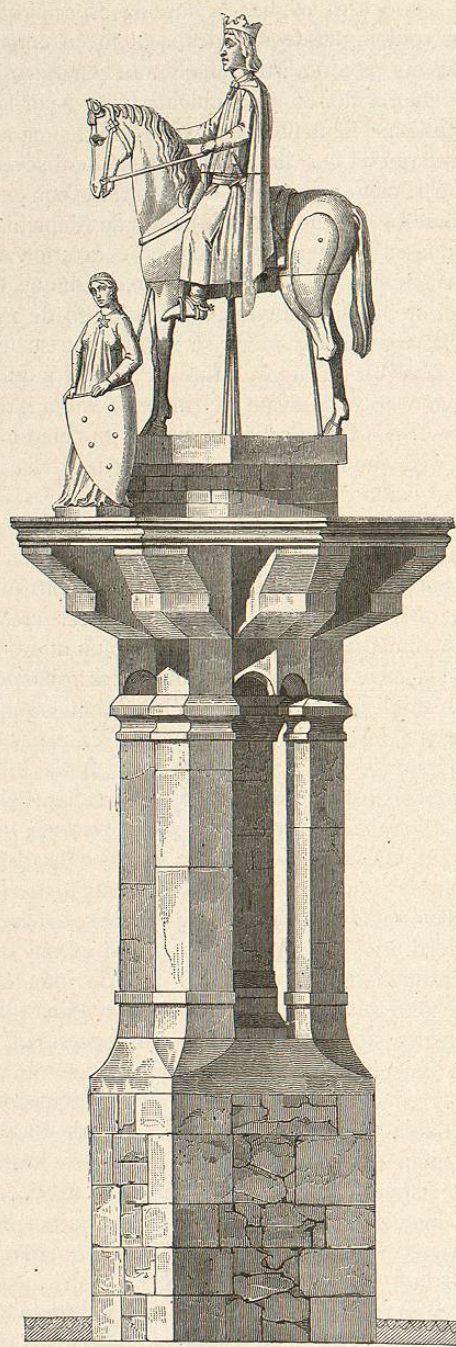
Por otra parte, cuestiones políticas y religiosas importantes y embrolladas obligaron á Oton II á presentarse precipitadamente en el Sur de los Alpes. Entonces se vió por vez primera la dificultad de armonizar los intereses de Alemania con los de Italia, y se puso de manifiesto el antagonismo que existía entre la política de la monarquía alemana y la del romano imperio, antagonismo que debia conducir á un conflicto entre las tendencias nacionales que informaban la primera y las universales que presidian á la segunda. La cuesti6n era saber si Oton II lograria mantener entre ambas el equilibrio que el prudente y práctico Oton el Grande habia establecido. Esto, sin embargo, no dependia de los sucesos sino de la persona y de las dotes del emperador. Acerca de este, la historiografía del tiempo de los sajones, conforme con el carácter dinástico y cortesano que la distinguía, solo nos proporciona datos presentados con gran parcialidad que nos ofrecen una imágen de Oton muy idealizada. Tiene mucha importancia el hecho de que Oton II no habiendo comenzado su carrera como duque de Sajonia, no habia podido aprender á juzgar su situaci6n, sus derechos y sus deberes, desde el verdadero punto de partida de la monarquía alemana. Asegurada, desde niño, su sucesi6n en Alemania, convertido, desde adolescente, por la coronaci6n imperial, en soberano de un imperio universal, heredero y sostén de un orden político teocrático, consideró como base y punto de partida lo que para su padre habia sido el término glorioso de un reinado lleno de difíciles luchas, y se esforzó todavía por conseguir fines mas altos. Oton I habia encontrado en la sumisi6n de la Iglesia al imperio la expresi6n y al propio tiempo la garantía de la reconstrucci6n del Estado alemán: para su hijo, el imperio era el principio de una serie de nuevas aventuras, un título de derecho cuyo contenido debia ser paulatinamente desarrollado y reconocido, y constituir al poco tiempo un programa para un porvenir que le ofrecia anchos horizontes. Por eso Oton II lanzó la Alemania contra la Italia, y los intereses nacionales, en vez de ser antepuestos, se vieron postpuestos á los universales. Ha querido explicarse este rasgo de Oton II por la preponderancia de la sangre italiana-borgoñona de su madre. El jóven emperador habia heredado muchas cualidades de esta: tenia mas instrucci6n y era mas voluble que su padre; en vez de la solemnidad con que este solía rodearse de cierta semi-oscuridad imponente, circulaba por las venas de Oton II la fácil y animada sangre de los romanos. Así como su padre solo por fuerza apelaba á las armas para decidir las cuestiones, y no comenzaba la lucha sin haberse entregado á ejercicios religiosos, de tal suerte que mas que un general parecia un devoto, su hijo tenia, en este punto, un temperamento mas ardiente y mas vivo, tiraba

fácilmente de la espada y, con un ímpetu que indicaba su afici6n á la lucha, se lanzaba contra el enemigo al frente de sus tropas. Así las mas de las veces pudo mas en él la fantasa exaltada que la decisi6n de varonil voluntad nacida de un maduro exámen. La influencia de este carácter heredado de su madre se aumentó todavía en Oton II con la de su esposa griega, la hermosa, instruida y política Teofana, que pronto alcanzó una posici6n importante en la corte para ella extranjera. Todo esto explica la aureola especial que, á los ojos de sus contemporáneos, rodeaba al jóven emperador y las simpatías que se conquistó como hombre enérgico, heróico, confiado y favorecido durante mucho tiempo por la suerte. Los italianos especialmente parecian mostrarle una adhesi6n mas ardiente que la que habian manifestado al severo y decidido Oton I, cuyo carácter se habia agriado con las luchas.

En noviembre del año 980 salió Oton de Alemania, dejándola tranquila en el interior y segura en el exterior. Acompañábale Teofana, su pequeño hijo Oton, el duque Oton de Baviera y el de Suabia y un magnífico séquito de magnates laicos y eclesiásticos. En Pavía se reunió con su madre, y allí quedó olvidada la tirantez que la última modificaci6n llevada á cabo en el Sudeste del imperio habia producido entre ambos. En Rávena salió á recibir al emperador el papa Benedicto VII, que habia tenido que huir de Roma, acosado por las persecuciones del poderoso Crescencio. En la Pascua del año 981 presentáronse el emperador y el papa delante de la ciudad eterna, la cual les prestó su obediencia, retirándose Crescencio á la soledad de un claustro. Sin dificultad alguna, quedó restablecido el orden de cosas creado por Oton I; pero inmediatamente apareció bajo un nuevo aspecto la idea que acerca del imperio se iba desarrollando, pues Oton se aprestó para combatir contra los mahometanos como defensor de la Iglesia y de la cristiandad. Ya no se trataba pura y simplemente de conquistar la Baja Italia: los planes del emperador iban mucho mas allá y abarcaban una lucha general de la cristiandad contra el Islam. La idea, que despues debia ser realizada en otra forma por las Cruzadas, nació entonces para no borrarse ya mas de la mente de los Estados cristianos. Las miradas del jóven emperador se extendian por todos los territorios del Mediterráneo; así es que desde el momento en que como heredero del imperio romano quiso libertarlo de los temibles enemigos de la fe cristiana someténdolos á su cetro, se le impuso como una necesidad la conquista de la Baja Italia. En esta combinaci6n se dió por vez primera su verdadera importancia á las pretensiones que Teofana le habia sugerido respecto del Sur de Italia y que entonces podian ser decisivas para el sucesivo desenvolvimiento del sistema imperial. Pero de nuevo se vió que los principales enemigos de este sistema estaban en el Bósforo, pues los griegos, á pesar de su impotencia, no querian perder los restos de la herencia de Constantino y de Justiniano.

Cuando, en el otoño del año 981, Oton se dirigió hácia el Sur y, apoyado enérgicamente por Landulfo y Pandulfo II, príncipe de Benevento, se apoderó de Nápoles, Salerno y Amalfi, y cuando en la primavera del año 982 sometió á Bari y á Tarento, saliéronle al encuentro los griegos aliados con los árabes. Unos y otros, sin embargo, cedieron ante el ataque de los alemanes: Oton, en el verano del año 982, consiguió junto á Cortona, en Calabria, sobre el mismo emir Abul-Kasem una brillante victoria, en la cual pereció el temido general enemigo; la conquista de Italia pareció entonces terminada y la península por completo sujeta al emperador, hasta el estrecho de Mesina. Pero pocos dias despues, en parte por el modo especial de hacer los árabes la guerra, en parte á consecuencia de la poca prudencia de Oton, que exageró el alcance de su triunfo, ocurrió una catástrofe cu-

yos efectos se sintieron aun en los territorios mas remotos del imperio. El día 13 de julio del año 982, Oton, avanzando por las costas calabresas, se encontró con una division de árabes, el grueso de cuyo ejército, derrotado en Cortona, se habia reunido nuevamente en las montañas inmediatas á la costa. Creyendo que solo tenia que habérselas con un grupo extraviado, Oton dió en seguida el ataque; y apenas



Estatua ecuestre del emperador Oton I, en Magdeburgo

comenzada la lucha, se lanzaron al combate las masas enemigas que habian permanecido ocultas en la espesura de los montes. En vano lucharon los alemanes con desesperado valor, teniendo á su emperador al frente: arrollados por las mayores fuerzas del adversario, sufrieron terribles pérdidas, y los vencedores se cebaron en los vencidos hasta que la noche puso fin á su sangrienta tarea. El emperador desapareció de entre los suyos, y no se le encontraba ni entre los muertos ni entre los pocos que habian logrado escapar de aquella horrible matanza; todos se sentian poseidos de tristeza y de temor, cuando cundió la noticia de que Oton habia

llegado sano y salvo á la fortificada ciudad costanera de Rossano. Lo que en aquel espacio de tiempo habia hecho el emperador parece el fragmento de una novela heroica: cuando la derrota de los suyos no le ofreció mas perspectiva que morir ó caer prisionero, huyó del fragor de la lucha y lanzándose al mar, y como buen nadador que era, pudo llegar hasta un buque que navegaba á lo largo de la costa y un tanto apartado de ella. Los marinos que en él iban eran griegos, pero un eslavo que se encontraba en el buque y que conoció al emperador le prestó su ayuda, diciendo á los tripulantes que el extranjero era un ilustre servidor del emperador, cuyo desembarque en Rossano seria largamente recompensado. Hacia allí se dirigieron, pues, los griegos; á la vista de la ciudad, echó la embarcacion anclas, y el citado eslavo, probablemente á pretexto de negociar el rescate del prisionero, se dirigió á tierra y enteró de lo que ocurría á los adictos al emperador. Pronto se presentaron estos en la playa y entonces Oton se arrojó de nuevo al mar, llegó nadando á la orilla y montando en el caballo que le tenian preparado entró en la ciudad, que le recibió llena de júbilo y de alegría.

Esto, por lo demás, no podia borrar los desastrosos efectos de la derrota del 13 de julio: la Calabria volvió á poder de los griegos y de los árabes, y la traicion, que hacia tiempo permanecia oculta, levantó su cabeza al ausentarse el emperador. Este se apresuró á marchar hacia Roma, á donde llegó felizmente, pasando por Salerno y Cápua; pero tambien allí se notaba cierta agitacion. Al tener noticia de la derrota del emperador verificóse un movimiento violento en la Alta Italia: las poblaciones de las ciudades lombardas, convencidas de su fuerza, creyeron que fácil y rápidamente podrian liberarse de los obispos apoyados por los alemanes. La conservacion de la alianza con Alemania estaba gravemente amenazada, así como la soberanía de Italia, pues aquel movimiento liberal podia extenderse rápidamente por el territorio nacional. Era preciso, pues, conjurar la tempestad que estallaba por distintos lados, y evitar que en Alemania se sintieran sus efectos. En esta espantosa crisis, Oton dió brillante muestra de su decision, de su energía y de su talento, demostrando que su elevado idealismo político no excluía en él una política realista que tenia en cuenta los hechos consumados.

En junio del año 983 reunió una dieta en Verona, cuyo objeto principal fué la concentracion de fuerzas, no para defenderse contra el enemigo agresor, sino para preparar un nuevo y poderoso ataque. Los Otones habian gobernado personalmente aun en las mayores crisis; por eso la convocacion de la dieta de Verona, que no puede ser comparada con ninguna otra, fué un verdadero acontecimiento, pues además de ser una concesion hecha á las necesidades de la época, constituía una confesion de necesidad de ayuda por parte del emperador. Aquella fué una dieta para Italia lo mismo que para Alemania, cuyo objeto era unir mas estrechamente á ambos países entre sí y robustecer en ambos la soberanía sajona. Al mismo tiempo, fué una dieta de familia para restablecer su union, en presencia de todos los peligros que amenazaban, y para unir á todos los miembros de la familia real, aun á aquellos de quienes antes se habia prescindido, á los cuales se hizo concurrir á la accion comun; y por último fué tambien una imponente demostracion contra aquellos que de la impresion de una batalla perdida y del efecto por ella producido en los recelosos italianos, esperaban la rápida decadencia y la próxima ruina del imperio de los Otones. El emperador Oton II estaba entonces en la plenitud de sus fuerzas; tenia conciencia de su situacion; se sentia entusiasmado con la idea de cumplir la mision que Dios le habia impuesto; contaba con recursos poderosos para vencer las mayores dificultades, y se veia rodeado de un

gran número de hombres que le eran fieles, duques, condes y obispos, cuya adhesion y abnegacion se demostraron brillantemente en aquella jornada cuando, en Sajonia especialmente, al tenerse noticia del peligro en que Oton se encontraba, todos se dispusieron á volar en su auxilio. En los que tomaron parte en la dieta de Verona produjo especial impresion el conjunto de nobles é inteligentes mujeres que á Oton rodeaban y que probaba que no se habia extinguido todavía el gran aprecio que de ellas se hacia entre los alemanes. Podemos citar entre ellas á su esposa Teofana, que á pesar de ser extranjera estaba familiarizada con todos los asuntos alemanes é italianos; á la emperatriz madre Adelaida, y á su hija Matilde, la cual desde la celda del convento de Quedlinburgo, de que era abadesa, estudiaba con claro criterio el movimiento político de su época, que muy pronto pudo dirigir con mano bondadosa á la par que energética. De acuerdo con los concurrentes á la dieta se convino el plan para la accion en grande escala que habia proyectado, en sus elevadas miras, el emperador. Lo mas importante fué el orden de sucesion, que se dispuso de tal manera que era un nuevo paso dado en la senda de la monarquía hereditaria. En efecto, el hijo de Teofana, que solo contaba tres años, fué elegido sucesor por todos los magnates reunidos de Alemania y de Italia: acuerdo notable, mas que por el hecho mismo de la eleccion, por el de haber tomado parte juntos en ella italianos y alemanes; de suerte que por vez primera vemos presentarse estos dos reinos como uno solo. La administracion de Italia fué confiada á la emperatriz madre Adelaida, lo cual era una concesion que se hacia al espíritu particularista de los italianos, y constituía al propio tiempo una garantía de que la soberanía alemana no habia de ser para ellos una soberanía extranjera. Preciso era entonces captarse la buena voluntad de los italianos, pues para realizar los planes por Oton concebidos se hacia indispensable disponer de todas las fuerzas de Italia. El emperador queria reconquistar inmediatamente la Pulla y la Calabria y luego llevar sus triunfantes banderas hasta Sicilia, para iniciar la cruzada imperial contra los mahometanos.

¡Pero cuán próximo estaba el fin de estos planes! Desde luego hubo que luchar contra inesperadas dificultades: Venecia se negó á prestar auxilio alguno, y sin la escuadra de esta rica ciudad marítima era imposible hacer nada contra Sicilia. El cerco que á Venecia se puso por la parte de tierra no produjo naturalmente impresion alguna en la poblacion. Oton se apresuró á dirigirse á Roma, sin escuchar los consejos de Mayolo, abad de Clugny, el cual tenia fama de profeta y le predijo una muerte prematura en la ciudad eterna. Una vez en ella, Oton hizo elegir papa, en lugar del difunto Benedicto VII, al sumiso y fiel Juan XIV; pero en el preciso momento en que toda su atencion estaba fija en el Sur, se sintió asaltado por los graves temores que le empezó á inspirar el Norte. Para tener seguras las espaldas, al fallecimiento del leal Oton de Baviera y de Suabia, que murió durante la dieta de Verona, habia hecho nuevas concesiones al ducado, cediendo la Suabia á Conrado, pariente de la esposa de Ludolfo, y dando en feudo la Baviera, con la Carintia y la marca de Verona, á Enrique el Joven, uno de los que habian tomado parte en el último levantamiento. Pero no era en el Sur del imperio, sino en el Nordeste, donde estaba el peligro y donde estaban en juego los supremos intereses de Alemania y de la Iglesia. Allí, los daneses se establecian en las comarcas de allende el Elba, destruyendo los gérmenes, con tanto trabajo sembrados, de la cultura alemana. De peor carácter todavía era la sublevacion de los wendos, de la cual fueron víctimas los obispos eslavos de Oton el Grande, Havelberg y Brandeburgo, y durante la cual

fué destruida la ciudad de Hamburgo. Cualquiera, menos avisado aun que Oton, podia comprender que esta derrota en el Norte era consecuencia de la concentracion de todas las fuerzas en el Sur y que quedaba perdido el país de los wendos y con él los frutos de un rico trabajo de civilizacion, que tanto prometian, para Italia, Roma y Calabria. El dualismo que en la política de los Otones produjo el imperio y con él la soberanía universal por la Iglesia aceptada, se puso, con este hecho, de manifiesto en toda su gravedad. Así como Oton habia temido que su derrota de Calabria pusiera en peligro no solo su soberanía sobre Italia sino tambien la que sobre Alemania tenia, del mismo modo la derrota que en el Norte habia sufrido el imperio amenazaba destruir la supremacia imperial en Italia. En efecto, ¿cómo la cristiandad habia de acudir á las armas al llamamiento de Oton para combatir contra los mahometanos si veia que el emperador se habia mostrado incapaz de cumplir su mision mas inmediata y apremiante y de conservar las comarcas para el cristianismo conquistadas en las mismas fronteras alemanas? ¿Adónde habia de dirigirse? Hiciera lo que hiciera, preciso era abando-



Sello imperial de Oton II

nar uno de los dos territorios; en uno de estos era inevitable una terrible derrota del imperio. Puesto en esta alternativa, en vano buscó Oton un medio de salir del difícil paso: la mas poderosa actividad no podia hacer sino evitar una parte de la catástrofe que amenazaba. Agobiado por el trabajo y por los temores, enfermó el emperador: su impaciencia por curar pronto le hizo tomar una cantidad excesiva de la medicina que le habia sido ordenada, á consecuencia de lo cual su estado, que hasta entonces no habia ofrecido peligro alguno, se agravó de tal manera que falleció en 7 de diciembre del año 983, cuando contaba veintiocho años de edad.

La profecía de Mayolo de Clugny se habia cumplido. Llenos de temor miraban el porvenir los leales que enterraron en el pórtico de la iglesia de San Pedro el cadáver de su joven soberano, encerrado, segun costumbre de aquellos tiempos, en antiguo sarcófago de mármol cerrado con una losa de pórfido. Si Oton II se habia visto perplejo ante la desgracia que por dos partes le amenazaba, ¿qué habia de suceder cuando la corona un niño que apenas contaba cuatro años y en nombre del cual habian de ser sometidos y dominados aquellos dos países presa de tal agitacion!

#### CAPITULO IV

EL IMPERIO PONTIFICIO DE OTON III

(983-1002)

La monarquía sajona se veia por todas partes amenazada de enemigos. El Islam, atacado por Oton II, estaba en el Sur sobre las armas; por las comarcas fronterizas